

El chozno en lontananza

Álvaro Enrique

El cementerio de sillas

Lengua de Trapo/Océano (Nueva biblioteca 71)

España, 2002, 314 págs.

Mario Carrasco Teja

Sobre las nuevas generaciones de escritores, dos amigas se preguntaban, al comentar en grupo *El cementerio de sillas*, la novela más reciente de Álvaro Enrique, qué se necesita para que una obra, un autor ingrese en el gusto, en la devoción del público. Ponían a Julio Cortázar como ejemplo, cuya obra es tan venerada por su generación –la de mis amigas, que nacieron en la década de los cincuenta–. No entendían, mis amigas, por qué les costó tanto esfuerzo “entrar” en la obra de Enrique, como les ha costado entrar en las de otros escritores jóvenes. Admitían que algo en la manera de concebir el lenguaje, algo en la técnica narrativa ha cambiado, pero coincidían en que aún no se puede hablar, al menos en México, de una nueva vanguardia –valga el pleonismo–, no en el sentido del término durante las primeras décadas del siglo xx, sino en el de una literatura desprendida de los fantasmas, de las influencias literarias como la de Cortázar mismo.

(Mientras que los demás proseguían el debate, yo pensaba, sin embargo, que nada hay de malo en admitir esas influencias, pues sin mimesis, paso casi imprescindible cuando se aprende el oficio de narrar, muchos escritores memorables no habrían encontrado su estilo personal. Pensaba, por ejemplo, en *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia –argentino, nacido en 1940, casi dos generaciones antes que mis amigas–, novela cuyo leitmotiv es la búsqueda generacional, pretexto, a su vez, para un largo, crítico y riguroso homenaje a Jorge Luis Borges y Roberto Arlt –fundadores, a decir de Piglia, de las dos caras de la literatura argentina moderna–, amén de un elogio desde la ficción a otros dos renovadores del pensamiento y la escritura del siglo xx: Ludwig Wittgenstein y Franz Kafka.)

Cerré mi paréntesis cuando mis amigas reflexionaban si acaso ese no poder entrar en la novela de Enrique se debiera al tema, a los escenarios de la misma. Citaban,

verbigracia, a Carlos Fuentes, a Gabriel García Márquez, a Cortázar nuevamente, protagonistas, entre otros, de aquel *big bang* que habría dejado como herencia un vacío creativo y estilístico en las letras de los años venideros: en las obras de esos escritores, decían mis amigas, se hablaba de “nosotros”, de lo argentino, de lo colombiano, de lo mexicano, de lo latinoamericano, mientras que en la de Enrique la trama es un vaivén desde México hacia otras geografías, otras historias, otras genealogías.

Como nos hallábamos estancados en el análisis, se me ocurrió comentar una reseña de Julio Trujillo a propósito del mismo libro, en la cual éste llama la atención sobre el símbolo del infinito que aparece en la portada, formado por el eterno caminar de un hombre –un mismo hombre que no obstante me recuerda aquellas monografías escolares, de influjo laico y darwiniano, sobre la evolución–. Ese guiño de Trujillo

nos llevó a pensar en ese mismo símbolo como una banda de Moebius, donde el principio es, después de todo, el final del camino, y aun en una botella de Klein, que nace de la topología de Moebius y donde no hay principio ni fin, donde el contenido y el continente se confunden entre sí.

—Tal vez —dijo un coetáneo mío, nacido entre finales de los sesenta y principios de los setenta, como Enrigue— el padre, el hijo y el espíritu santo —fórmula trinitaria que da estructura a la novela— sean la misma cara de la moneda, de un doblón emborronado por los siglos.

—Cierto —dijo alguien más—: el hombre es uno y son todos; enigma y claridad; enemigo y aliado de sí mismo, en un mundo real e imaginario, histórico y apócrifo.

—Creo que Enrigue ha escrito, precisamente, una novela generacional, sobre el misterio intergeneracional —dije, imbuido todavía en Piglia.

—Y aunque en *El cementerio de sillas* el doble círculo del infinito se reencuentre, hay un desencanto, no explicitado por Enrigue, en la reunión entre la simiente de una antigua raza, encarnada en su cronista, y el último de los garamantes, crisol de falsos profetas, corsarios holandeses, terratenientes veracruzanos,

ascetas chilangos y otros virtuosos capitales —dijo mi coetáneo, lector asiduo de la hasta ahora breve obra de Enrigue.

—¿Qué más da, entonces —dijo ese alguien más—, a qué generación pertenecemos, si nacimos en los cincuenta, en los veinte, en los sesenta? No importa si somos garamantes o romanos; si nuestro nombre es libio, flamenco o latino; si nos dejamos conmover por la devastación de un pueblo o por el melodrama de las telenovelas. Cargamos la misma pureza de nuestros padres y tantos pecados como nuestros hijos, y nuestras raíces son tan insondables como los desiertos de África y la niebla de Nautla.

—Según nuestra lectura de Enrigue, todos los aquí presentes seríamos naufragos del xx, encerrados en un siglo que no nos vio nacer —dijeron mis amigos.

—Y eso, según el cuello de tal inadmisibles botella, significaría nuestro máspreciado don o nuestra mayor tragedia —concluyó el más joven del grupo, que hasta entonces no había intervenido, bamboleándose indolentemente en una mecedora, tal vez la misma que meció a sus tatarabuelos y que mecerá a sus choznos—: o ambas cosas a la vez. ●

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social



Bajo el signo de la compulsión.

El trabajo forzoso indígena en el sistema colonial yucateco 1540-1730.

Gabriela Solís Robleda

CIESAS, INAH, Instituto de la Cultura de Yucatán,

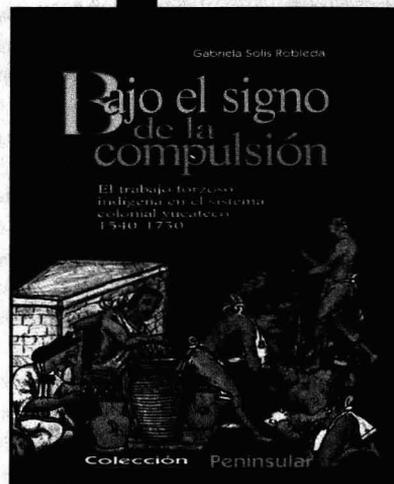
Miguel Ángel Porrúa, 2003

ISBN 970-701-310-9

Este libro aborda el análisis del papel que jugó el trabajo forzoso indígena en la implantación y desarrollo del sistema colonial en la provincia de Yucatán a lo largo de los dos primeros siglos del dominio español. Plantea que la viabilidad del sistema requería de la apropiación de la riqueza generada por este tipo de trabajo y se sustentó en la capacidad productiva de la población maya. Los mecanismos de apropiación analizados son el servicio personal y la contratación mercantil conocida como repartimiento de géneros. Por otro lado, la obra plantea la existencia de un cerrado circuito económico.



novedades



Librería Guillermo Bonfil Batalla

ventas@juarez.ciesas.edu.mx

Tel. 56 55 01 58